



LA LEYENDA DE HINZARA Y RAMIRO

LOS AMANTES DEL PUENTE DEL DUENDE DE RONDA

Adaptación:
FAUSTINO PERALTA CARRASCO

En Ronda, como ciudad histórica que es, muchos de sus acontecimientos han dado lugar a numerosas leyendas que se han ido transmitiendo a lo largo de los siglos. Como muestra, presentamos aquí seguramente una de las más desconocidas y a la vez hermosas, como un gran canto trágico al amor. “La Leyenda del Puente del Duende”, probablemente basada en hechos reales, la recoge en su libro *“Excursiones por las montañas de Ronda y Granada”* el viajero irlandés Charles Rochfort Scott durante los años 1822-1834, y gracias a él ha podido llegar hasta nosotros, ya que aunque en aquella época era conocida por los campesinos rondeños, hoy en día casi se había perdido de la memoria colectiva de nuestro pueblo. A Rochfort le informa del lugar un pícaro molinero, conocido contrabandista, que ocultaba su mercancía en unas cuevas que se creían embrujadas en el paraje conocido como El Duende, para alejar así a los supersticiosos aduaneros. La curiosidad del viajero lo lleva hasta un cura, el padre Anselmo, que por su cultura y mayor habilidad narrativa le recomiendan algunos lugareños que sea el canónigo quien le cuente la leyenda del lugar encantado, y que después transcribirá en su apuntes casi literalmente. La traducción de este interesante libro se debe al escritor rondeño Antonio Garrido Domínguez, del cual hace también un magnífico estudio introductorio. El mismo fue publicado en español por la Editorial La Serranía en 2008. De dicha leyenda hemos hecho algunas adaptaciones en la redacción del texto para su publicación en nuestra revista. Agradecemos encarecidamente al autor de la traducción y a la Editorial La Serranía su autorización.





En el bello paraje conocido como El Duende, donde el río Guadalquivir atraviesa las últimas estribaciones de la Hoya del Tajo, poco después de la conquista castellana, existió un puente formado por el tronco de un enorme acebuche que había crecido al borde del precipicio para, una noche, misteriosamente, caer a tierra. De barandilla para asegurar los pasos de los viadantes servía una parra silvestre enredada al árbol que intacta le acompañó en su caída.

Una de las extremidades del árbol descansaba sobre una peña por encima de la cual existía una grieta que parecía conducir a una sombría cueva. Tiempos atrás estas cuevas se comunicaban a través de unas escaleras, de las que ya no

“Abenhabuz, de la tribu de los Gazules, alquimista y alfaquí de la ciudad de Ronda, al que se le atribuye la traición que sufrió el alcaide de Ronda Hamed el Zegrí a quien aconsejó acudiese a defender Málaga para así el rey Fernando el Católico pudiera conquistar la inexpugnable y triple amurallada ciudad de Ronda, que dejó desguarnecida”.

quedan vestigio alguno, con una finca situada arriba en la ladera rodeada de viñedos y olivares, cuyo dueño era una moro rico, de nombre Abenhabuz, de la tribu de los Gazules, alquimista y alfaquí de la ciudad de Ronda, al que se le atribuye la traición que sufrió el alcaide de Ronda Hamed el Zegrí al que aconsejó acudiese a defender Málaga para así el rey Fernando el Católico pudiera conquistar la inexpugnable y triple amurallada ciudad de Ronda, que Hamed dejó desguarnecida.

Cuentan las crónicas que, cuando El Zegrí se dio cuenta del engaño, lleno de rabia volvió hacia Ronda, y al llegar a ella la encontró totalmente cercada por las tropas del Rey Católico. La artillería castellana ya estallaba en sus atónitos oídos, a toda prisa montado en su caballo se dirigió al Puerto de Montejaque, y desde allí contempló el horrible es-

pectáculo del bombardeo de su querida ciudad, a escumbre desde donde se divisa toda la vega de Ronda, desde entonces se le conoce con el nombre de “El Pasmo del Moro”.

Conquistada la ciudad y firmadas las capitulaciones, que pronto fueron incumplidas, a la guarnición y a los habitantes musulmanes de Ronda se les permitió marchar con todas sus pertenencias a otros lugares de la región, incluso se les asignarían tierras de cultivo y la libre práctica de su religión y tradiciones. Al traidor Abenhabuz, además de estos beneficios, se le permitió como premio residir en la ciudad y conservar el dominio de sus tierras. Unos años después se le ofreció la posibilidad de abrazar el cristianismo o el exilio. No dudó un instante en su elección, y arrodillado ante el altar de Nuestra Señora de los Dolores declaró que se convertía a la verdadera fe cristiana. Todas sus pertenencias, para salvación de su alma, las donó a la Orden de Santiago, tan sólo se quedó con aquella hermosa finca y los viñedos que la rodeaban. Allí se retiró

“Hinzara no era una joven corriente, su belleza extraordinaria superaba a todas las otras doncellas de Ronda. En ella se aunaban las facciones regulares y expresión suave de las malagueñas de ojos negros, las mejillas florecientes y pulidas cejas de las bonitas serranas de Casarabonela y la figura y andares de las gráciles gaditanas”.

Hinzara era la más joven de sus hijos, fruto de su matrimonio con una doncella cristiana, que ya había fallecido, a la que había raptado unos años antes, pensando ya en su futura traición. Hinzara no era una joven corriente, su belleza extraordinaria superaba a todas las otras doncellas de Ronda. En ella se aunaban las facciones regulares y expresión suave de las malagueñas de ojos negros, las mejillas florecientes y pulidas cejas de las bonitas serranas de Casarabonela y la figura y andares de las gráciles gaditanas. Su persona era un ramillete de las más escogidas flores del jardín de las Hespérides; a la vez, su mente era como un libro en el que, como en las páginas del que escribió el incomparable Cervantes, se encontraban plasmadas las frases más ingeniosas, la discreción más acusada, los más puros sentimientos y los pensamientos más hermosos. Era cortejada por los principales caballeros de aquellos tiempos, tanto de raza mora como cristiana, pero ella parecía no darse cuenta

de sus admiradores. Secretamente había entregado su mano a un joven vizcaíno que, desde hacía tiempo, era el dueño de su corazón, aunque todo el mundo lo desconocía, incluido su padre. Se llamaba Ramiro Segastibelzi y Bigore, de noble ascendencia, aunque como herencia únicamente le quedó una invencible espada para defender su linaje.

El gobernador de Ronda, don Gutiérrez Mondéjar, estaba cautivado por los encantos de la bella Hinzara y seducido por las supuestas riquezas de su padre, del que esperaba conseguir le concediera la mano de su hija. El moro no dudó en prometerle la inmediata posesión de Hinzara y la consiguiente transmisión de sus propiedades, aunque esto último no tenía intención alguna de cumplirlo. Le interesaba la protección de un poderoso, imprescindible para ahuyentar la atención y la codicia de la gente, que tras la instauración



de la Inquisición por los Reyes Católicos en los lugares conquistados, ésta se constituyó en una amenaza constante para los falsos cristianos que permanentemente se sentían vigilados. Se dilucidaba pues un pacto entre traidores, puesto que Abenhabuz, no descartaba algún día poder vengarse de los que ahora le acechaban y entre sus futuras víctimas se encontraba el mismísimo gobernador. Para conseguir sus malvados planes estaba dispuesto a sacrificar a su propia hija si hiciera falta.

Durante bastante tiempo estuvo Abenhabuz demorando los deseos de don Gutiérrez, éste le urgía cada vez más, por lo que, ahogando los pocos remordimientos que aún tenía para sacrificar a su hija, le comunicó al gobernador que en breve se convertiría en su esposa. Cuando se lo comunicó a su hija, el moro quedó completamente sorprendido por la negativa de ésta a obedecerle. Ni ruegos ni órdenes sirvieron de nada. A los primeros, opuso una tranquila pero rotunda negativa; a las segundas un torrente de lágrimas. El padre, temiendo que los proyectos que tenía sobre su hija pudieran convertirse en una insalvable barrera, no tardó en cambiar de planes. Fingió estar conmovido por las lágrimas de Hinzara, disimuló hipócritamente su adversidad. No le habló más de matrimonio, la consoló para que se olvidara de su petición, y la trató a partir de entonces con calculada amabilidad. Internamente maduraba una infernal argucia para que al final se viese obligada a secundar sus designios.

Abenhabuz le contó al gobernador la oposición de



Hinzara a casarse pero, a su vez, le hizo cómplice de su diabólico plan. El pacto entre traidores estaba cerrado.

La cueva que estaba bajo la vivienda del moro contenía numerosas salas que se comunicaban entre sí y que sólo conocía Abenhabuz. Con la excusa de que tenía que hacer algunas obras en la finca, Hinzara y su padre se fueron a vivir a las habitaciones subterráneas. Abenhabuz tuvo buen cuidado de ocupar la que lindaba a la vivienda y su hija la más interior, quedando la intermedia como refectorio.

Una tarde, cuando ya el sol se escondía, aparecieron en la cueva un oficial de la Inquisición, acompañado de numerosos alguaciles y ayudantes enmascarados. Sin ni siquiera anunciarse se precipitaron dentro, quedando sorprendido el inquisidor ante la escena que se mostró

ante sus ojos: ¡Abenhabuz vestido con tela de estameña estaba postrado en el suelo ante una imagen de la Santa Virgen! A su lado yacía un látigo con el que parecía evidente se había flagelado.

El oficial indicó a Abenhabuz que no querían nada de él, pero que debían ver a su hija, ya que también era su obligación, aunque con toda seguridad sabían que ella estaría siguiendo el mismo

ejemplo que su devoto padre.

Acompañó a la comitiva hacia los aposentos de Hinzara. El padre tocó a la puerta, solicitó a su hija abriera para que los respetables señores pudieran comprobar su religiosidad. La doncella no contestó.

Seguramente, exclamó el moro, el calor del verano ha podido con ella y se ha quedado dormida. Nuevamente

le pidió con “amor” que abriese pronto. Hinzara seguía sin contestar. Entonces... el oficial ordenó que forzaran la puerta, aunque con cuidado para no despertarla por si fuera esa la causa de su silencio. Pidió perdón al respetable alfaquí por la aparente rudeza, pero las órdenes que traían eran tajantes.

Expédita la entrada, descubrieron los espectadores la encantadora figura de Hinzara tumbada en un diván y profundamente dormida. Su brazo derecho colgaba caído a un lado del sofá. En el suelo había un libro con toda la apariencia de haber rodado desde su mano. ¡Ese libro era el Corán! Las exclamaciones de todos los presentes, especialmente las del astuto padre, despertaron a la doncella, todos parecían realmente sorprendidos. Hinzara comprendió rápidamente lo que ocurría y el delito del que iba a ser acusada. Apenas pudo balbucear unas palabras de angustia pidiendo ayuda a su padre, la intensidad de sus emociones le impidió proferir una palabra más. Cayó al suelo sin sentido.

La víctima, inocente de este diabólico complot, despertó cuando ya se hallaba en las mazmorras de la Inquisición. Aunque al principio los hechos causaron una fuerte impresión en Ronda, ya que Hinzara era querida por todos, no sólo por su belleza sino por sus virtudes como reconocida cristiana. Pasó el tiempo y las gentes se olvidaron de la desventurada virgen. Sólo una persona perseveró en seguir su pista, incluso sabiendo al peligro que se exponía. Sus esfuerzos fueron inútiles. Ramiro se aferraba a la idea de que su amada no había salido de Ronda, muchos con el descubrimiento del Nuevo Mundo salieron de la ciudad en busca de nuevas perspectivas de riqueza y distinción, el prefirió continuar en su ciudad hasta saber de su amada.

Un día sus sospechas se hicieron realidad. Unas manos desconocidas le hicieron llegar una carta en la que le avisaban de una desgracia inminente en un día señalado. Y exactamente en esa jornada tuvo lugar un auto de fe por las calles de Ronda, en una comitiva de convictos criminales, a la cabeza del grupo iba irreconocible para todos la desventurada

“Expédita la entrada, descubrieron los espectadores la encantadora figura de Hinzara tumbada en un diván y profundamente dormida. Su brazo derecho colgaba caído a un lado del sofá. En el suelo había un libro con toda la apariencia de haber rodado desde su mano. ¡Ese libro era el Corán!”.

Hinzara, con el hábito de sambenito pintado de llamas y demonios que anunciaba su fatal destino.

Pero el desesperado Ramiro pronto la distinguió del resto de condenados. La hoguera ya estaba encendida y los criminales que iban a ser ejecutados eran conducidos hacia ella. Entonces... el noble Ramiro se dirigió corriendo hacia el

inquisidor mayor y arrodillándose a sus pies le pidió misericordia para su amada. Con la elocuencia de la desesperación le habló de sus tiernos años, de sus virtudes y de su piedad cristiana; pero ¡ay!, sus ruegos fueron en vano. Finalmente le suplicó que le dejara al menos un nuevo y último intento para que ella se defendiera, argumentando el derecho a esta gracia por su conocida lealtad a su cuna y su condición de noble.

Las súplicas de Ramiro levantaron un murmullo que se extendió entre la multitud allí congregada. Conmovido el inquisidor dio su autorización en contra de don





Gutiérrez, en cuyas manos, como gobernador, estaban los condenados. Rápidamente se desplegó la multitud para dejar un pasillo por el que entre sonoros aplausos, voló Ramiro hacia Hinzara. Las facciones de la doncella se iluminaron cuando vio aproximarse a su amado, del que tanto tiempo llevaba separado. Devotamente arrodillada, siguiendo las oraciones de un monje, levantó los ojos al cielo diciendo:

—Gracias, amado Ramiro, por esta definitiva prueba de afecto. Temo preguntarte si recibiste mi mensaje.

—Sí lo recibí—replicó el enamorado— pero, déjame implorar que cambies de idea. Amada Hinzara, no esperes con tu silencio proteger a tu padre. Su destino está también decidido, probablemente ya esté muerto, ya que hace semanas que no tengo noticias tuyas, a pesar de que lo he intentado reiteradamente.

—No, Ramiro —replicó Hinzara con palabras sosegadas pero firmes— mi resolución es definitiva. Mientras haya una posibilidad de salvar a mi padre, mantendré mi postura. Confío en que respetes mis deseos. Tengo la esperanza de verte en la otra vida. Que el cielo te bendiga, querido Ramiro. No devuelvas mal por mal. Existe otro mundo mejor, no arriesgues la posibilidad de conseguir la felicidad que aquí se nos niega.

Un solo momento de debilidad tuvo

Hinzara, solo uno. Su cabeza se derrumbó sobre el pecho del amado. Sus labios exagües encontraron por primera y última vez los labios de él. Mas recobrándose enseguida exclamó:

—¡Prométemelo mi amor! Y tú, bendito Salvador, ante cuya imagen me postro, oye mi última súplica; perdona a los que me llevan a la hoguera ya lista para el tormento; perdónalos por esta acción que dentro de unos momentos me conducirá en presencia de mi omnipotente Hacedor.

Ramiro, tras escuchar con agónica atención las palabras de su amada, sacó repentinamente un reluciente puñal. Hinzara se lo arrebató con inusitada rapidez, para ella misma clavárselo en su propio pecho y caer sin vida a los pies de Ramiro. El imprevisible final llenó de horror a cuantos lo presenciaron, la consternación se apoderó de los oficiales de la Santa Inquisición, y la rabia se adueñó del Gobernador, que no cesaba de vomitar maldiciones e improperios. Aprovechando la confusión,

Ramiro extrajo el puñal del cuerpo de su amada y logró escapar a través de la multitud. Don Gutiérrez descargó su rabia sobre el cadáver de Hinzara, mandándolo quemar entre los gritos de indignación de los congregados.

Todos los intentos posteriores de encontrar a Ramiro fracasaron. Finalmen-

te les llegó la pista de que un individuo de sus mismas características había embarcado en Málaga con destino a algún puerto italiano.

Pasaron los años y el trágico asunto fue diluyéndose en la memoria de los rondeños. Nunca más se volvió a ver a Abenhabuz, había desaparecido misteriosamente, y la triste historia de Hinzara pasó casi al olvido. Pero una mañana quien desapareció fue el gobernador de Ronda, tras una incesante búsqueda durante varios días se halló su cadáver en el lecho del Guadalevín, exactamente bajo el misterioso puente que aún seguía en pie y que mucha gente ahora veía por primera vez. A pesar de las heridas todo parecía indicar que se había caído contra los salientes de las rocas al intentar cruzar el puente bastante inestable, ya que sus pertenencias no fueron sustraídas y su espada parecía habersele salido de su vaina. No había razones pues para pensar que su muerte había sido obra de bandidos. Aunque nadie tampoco se explicaba la causa de la visita del gobernador a aquel lugar. Pero la sorpresa general aumentó, cuando transcurridos unos días, apareció en el mismo lugar el cuerpo de un oficial de la

“Pero una mañana quien desapareció fue el gobernador de Ronda, tras una incesante búsqueda durante varios días se halló su cadáver en el lecho del Guadalevín, exactamente bajo el misterioso puente que aún seguía en pie y que mucha gente ahora veía por primera vez”.

Santa Inquisición, pariente cercano de don Gutiérrez, con claras señales de haber encontrado la misma clase de muerte. Poco tiempo después, se encontró mal herido en idéntico sitio a un fiel criado del gobernador, con señales de haber-

se caído también del maldito puente. Pero poca información se le pudo sacar de lo ocurrido en ese momento, pues la profunda brecha abierta en la cabeza le hacía delirar. En su paroxismo citaba una luz resplandeciente que le nublab a sus ojos, a la par que no cesaba de lanzar maldiciones contra don Gutiérrez y de pedir continuamente perdón. Antes de abandonar este mundo pareció tranquilizarse y un monje que lo cuidaba pudo recoger retazos de la triste historia, contados por el desgraciado criado, que en sus últimos momentos confesó las atrocidades perpetradas, ya que también era él cómplice de lo acaecido:



“Ramiro, tras escuchar con agónica atención las palabras de su amada, sacó repentinamente un reluciente puñal. Hinzara se lo arrebató con inusitada rapidez, para ella misma clavárselo en su propio pecho y caer sin vida a los pies de Ramiro”.

“El gobernador, su dueño, había urdido un complot junto al padre de Hinzara. Aquella visita inquisitorial a la cueva y la preparación del engaño a su propia hija fue preparada por ambos, con la intención, en un primer momento, de atemorizar a Hinzara para que diera su conformidad de casarse con el gobernador. Si Hinzara consentía, don Gutiérrez convencería al inquisidor, pariente suyo, para que la dejase en libertad. Como ella no accedió a sus pretensiones, después de largo tiempo esperando, la dejó en manos de sus verdugos para que la torturaran, y después se vengaría de Abenhabuz, como previamente al suicidio de Hinzara así hizo. A su padre le pareció bien el castigo, incluso si éste llegaba a la muerte, pues creía que su hija se lo merecía por haberla desobedecido y por haber renunciado a la fe musulmana. Pero como dice un proverbio latino, ‘el deseo de venganza acarrea el mal para uno mismo’. Cada uno de estos monstruos recibió un justo castigo a sus crímenes. Los intentos de Ramiro para que Hinzara delatase a su padre fueron infructuosos, y al comprobar el gobernador que la víctima no iba a cambiar sus propósitos, temiendo que Abenhabuz descubriera su plan, resolvió, desde que se anunció el auto de fe, destruir la posibilidad de que el moro intentara salvar la vida de su hija, consensando el complot y la participación que había tenido don Gutiérrez en el mismo. Mataron pues a Abenhabuz e hicieron desaparecer su cadáver, y en el registro que le hicieron para destruir cualquier documento que pudiera arrojar luz sobre la trama contra Hinzara, aparecieron unas cartas de los hijos del moro en las que informaban a su padre como se habían unido a la sublevación de las Alpujarras contra la Corona, y como estaba a punto de ejecutarse una trama para reconquistar Ronda. La aparición de estas cartas le vino muy bien al gobernador para mostrar pruebas de la traición del moro, por lo que abrieron diligencias falsas contra él para detenerlo, al fingir no encontrarlo —ya que ellos mismos lo habían asesinado— hicieron suponer a todos que había escapado hacia la sierra y en su huida había perdido tan comprometedores documentos. Don Gutiérrez, astutamente, sugirió que todo este suceso se mantuviese en secreto para así poder detener a otras personas involucradas según los documentos. Por lo que toda Ronda creyó que tanto Abenhabuz como Hinzara se encontraban presos en las mazmorras de la Inquisición”.

Sobre la manera en que alcanzó la muerte don Gutiérrez en aquel puente, parece ser que alguien que no se dio a conocer lo había citado hasta aquel lugar con la promesa de descubrirle el sitio donde guardaba sus

tesoros Abenhabuz, y tal vez los otros dos corrieron la misma suerte o fueron a comprobar que pasaba allí. Nunca llegaron a aclararse del todo estos “accidentes”. Lo que sí ocurrió desde entonces, es que el lugar levantó un gran temor, pues también desaparecían cabras y ovejas de los ganados que pastaban en los alrededores, por lo que ni un alma se atrevió nunca a acercarse. La creencia popular atribuyó a un duende vengativo, aposentado en la cueva, cuantos sucesos ocurrieron.

Pasaron los años y un ermitaño pidió permiso al presente dueño de la propiedad para construirse una celda en la embrujada cueva. Se le concedió la autorización, en la confianza de que sus oraciones serían un instrumento eficaz para ahuyentar al maligno duende.

El santo hombre parecía más castigado por los sufrimientos y privaciones de su vida que por los años que realmente tenía. Salía poco de la cueva, y cuando lo hacía era para atender a los pobres y enfermos del entorno, pero sin traspasar nunca los muros de la ciudad. Poseía una larga barba del color de la nieve de las cercanas montañas, que no le

“Pasaron los años y un ermitaño pidió permiso al presente dueño de la propiedad para construirse una celda en la embrujada cueva. Se le concedió la autorización, en la confianza de que sus oraciones serían un instrumento eficaz para ahuyentar al maligno duende.”



dejaba reconocer sus facciones. Se supo que había viajado mucho, que había peregrinado hasta Jerusalén, que vivía de lo que le entregaba la naturaleza y que nunca aceptaba limosnas. Era conocido como el padre Anselmo y su piedad y benevolencia ganó tanta fama en toda la región que sus oraciones se consideraban tan eficaces ante Dios como la de los mismos santos.

Pero un día, tranquilamente le sobrevino la muerte; al no verse durante varios días, aquellos a los que socorría decidieron acudir a su retiro para comprobar lo que pasaba. El ermitaño siempre se había opuesto a que entrase nadie a sus aposentos, y a tal afecto había colocado toda clase de obstáculos en el acceso del puente para hacerlo prácticamente inaccesible. Cuando al cabo lograron entrar a su cueva, allí lo encontraron arrodillado y sostenido por un humilde altar en el que estaba un pequeño crucifijo de oro, exquisitamente trabajado, su cabeza estaba caída sobre el pecho y las manos entrelazadas. A su lado yacía un puñal, con la punta corroída por el tiempo, pero con la hoja en sus dos caras relucientes dando muestra del cuidado con que se había preservado. En el puño resaltaba una masa de costosos diamantes. De su cuello colgaba un pequeño envoltorio que contenía un mechón de cabellos de mujer y un papel con las siguientes palabras escritas de mano del mismo Anselmo:

“Por ti he pasado una vida de celibato y reclusión. Por no obedecer tus deseos y sagradas órdenes he sido duramente castigado. Virgen Santa, ruega por mí a tu padre celestial para que me sean perdonados los pecados que en este mundo cometí.”

El mechón de cabellos pertenecía a Hinzara. Se acordó que la santa muestra fuera enviada a Toledo y depositada en la iglesia de San Juan de los Reyes, donde también pendían las cadenas de los esclavos cristianos que fueron liberados de la Mina en la conquista de Ronda, allí se guardó en magnífica urna durante muchos años tan preciada reliquia. Del puñal nunca más se supo su paradero. A partir de entonces el duende maligno nunca más volvió a aparecer. El pasaje que conducía a las habitaciones subterráneas permanece desde entonces enterrado, mientras que el misterioso puente, en ruinas por falta de uso, acabó por llevarse la corriente.

